SUS ANUNCIOS en este Periódico no serán un gasto más sino una inversión para acrecentar sus ventas!

EL INFORMADOR

DIARIO INDEPENDIENTE

MIEMBRO DE LA "PRENSA ASOCIADA"

QUINTA SECCION

RESUELVA SUS PROBLEMAS COMERCIALES mejorando sus ventas por medio del Anuncio en este Periódico!

AÑO XX.-TOMO LXXIV | VALE CINCO CENTAVOS | GUADALAJARA, JAL., VIERNES 1o. DE ENERO DE 1937 | Registrado como artículo de 2a. clase el 16 de Octubre de 1917. | NUMERO 6954

Miedo y Vigilia de Becquer

Por CARLOS ALBERTI

Gustavo Adolfo Bécquer no podía dormir, aunque los ojos de su cuerpo se cerraran. Tenía fiebre. Recostado al borde de su lecho, veía deslizarse lentas e interminables, las horas al rojo de su vida. Apagada la luz, tal vez abierta alguna hoja de la ventana, perdido "en el lugar en que cambian de forma los objetos", era cuando su alma percibía, penetraba, adelgazándose, ese mundo confuso, desdibujado, donde las cosas aún no tienen nombre y hay que las extrayendo en las nieblas para moldearlas, denominarlas y, luego, ya una vez desprendidas de su centro, darles cuerpo de tierra y sangre de poesía. Pero para que el alma pueda navegar, correr ese *mundo de sombras* que aún no han dicho su primera palabra, es hemisferio norte desconocido que aún ignoran la luz y el *movimiento*, necesita antes haber hecho de sus cinco sentidos cinco heridas anchas y profundas, capaces de absorber y sangrentar toda la atmósfera que rodea, que envuelta y oculta en sus capas de humo la vida pura, poética, de esos extraños seres, oscilantes o inmóviles. Y el alma de Gustavo Adolfo se ha de abierto en la piel, barrenándosela, esas hondas heridas, como cinco largos corredores obscuros, *donde los pasos y los ruidos* más leves despiertan en sus bóvedas los ecos más tristes y redondito. Y no dormía. Y era en este sangrante estado de insomnio cuando las almohadas de su lecho se llenaban de rumores desconocidos y oía voces lejanas que le llamaban por su nombre, como desde el otro lado del mundo. Entonces tiene miedo. No sabe aún lo que sucede; pero su alcoba se ha ido llenando poco a poco de un angustioso olor de cera derretida, e incienso a humedades de criptas abandonadas, a muerte. Cierra por unos instantes los *ojos*, pero para llorar desesperado, al abrirlos. Acaba de saber que ha muerto alguno que él quería. ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Qué huéspod de las tinieblas le ha visitado durante el corto olvido de su sueño para traerle la noticia" No lo sé con certeza. Pero el alma de Bécquer, según él mismo *descubre* en uno de sus últimos poemas, se movía, mientras la noche por unos otros espacios habitados de "gentes", desconocidas, mudas, que convivían con ella breves horas en silencio. ¿Quiénes eran? ¿Cómo eran? ¿Qué formas tenían, Si él alguna vez lo supo, no quiso revelarlo. Yo sólo sé decir que la alcoba de Gustavo Adolfo estaba llena de espíritus que, a veces, tomaban cuerpo de objetos y seres determinados, porque así siempre eran impalpables nebuloso, infinidos: fantasmas. Y estos fantasmas eran los que la vigilaban su vigilia; los que él, a fuerza de agrandar los ojos en lo obscuro y hundir su brazo en el vacío, llegaba a palpar, a coger con la mano, a concretar haciéndoles luego, al fundirles su sangre, criaturas tangibles de su poesía.

Todas las "Rimas de Bécquer" fueron escritas a tientas, por la noche, sentado o recostado al borde de su lecho. Y ya se sabe que un lecho es una tumba, o como la losa blanca de una tumba que aún no ha abierto la boca para devorarnos, y que si apoyamos el oído contra ella podemos escuchar como un rumor sordo y lejano, que es sin duda la voz con que los sepulcros reclaman nuestros cuerpos. Y Bécquer, espantado, escuchaba y vigilaba esa voz sin poderse dormir. Y lo mismo que algunos ángeles que vemos en los cementerios velando a la orilla de las fosas, escribía sus "Rimas". Pero él no era de marmol; él era un pobre ángel de carne y hueso, perdido en una fría alcoba, sobresaltado por el crujir de las maderas, por el temblar de los muros, los cabezazos del viento y el fustigar de la lluvia en los cristales. Y tenía miedo, solitario en la noche obscura de su alma. Miedo de encontrarse a solas con sus dolores, acechado por recuerdos que se le agigantaban, atenazándole por la garganta hasta hacerle arrrancar sus estertores más entrecortados. Miedo de unos ojos que se le aparecían en las paredes, que le miraban, a veces desasidos, desde los ángulos de los cuatro rincones. Y pensaba: ¿cuándo amanecerá Porque vivía entre nieblas que le velaban el alba, y las rendijas de su cuarto nunca se habían visto dibujadas de luz. ¡Qué angustia! El ya ha sentido, antes, subirle hasta la punta de sus dedos ese golpe de sangre que nos manda empuñar de súbito, un revólver o una navaja. Y ahora, de pronto se le crispa la mano. Tiene miedo. Ha sufrido, ha envejecido en una sola noche, le han engañado ya los cardos, las aulagas, las ortigas, los brazos de las zarzas que a la revuelta de un camino de repente, nos tiran de la carne, saltándonos las venas. No desconoce tampoco las ruinas, las piedras que han adornado el cielo desde cerca y ahora son nidos de lagartos y duermen ignoradas de las estrellas y las nubes. Ha descendido al fondo de los pozos y ha vuelto de los abismos con el alma trastornada de espanto. Ha clamado en medio de la noche, y sólo le han oído los buhos, las campanas y las hojas caídas pisoteadas en el barrio. Ya el mundo está desierta. Quiere dormir. Tiene sueño. Necesita escaparse

(Pasa a la 3a. Pág., columna 7a.)

La Nochebuena de los Ciegos

Por Vicente A. SALAVERRI

Hubo revuelo extraordinario esa mañana en el Instituto de Ciegos. Doña Amelia, la directora, siempre bondadosa, pero teatral, obsedida con la idea de ver triunfante al fin la "Schola Cantorum", preparó un digno recibimiento al muchacho que le traían del campo.

—Agustín — hablale advertido a su alumno predilecto:—viene un compañero espléndido. Tu voz de tenor, junto a la suya de barítono, permitirá que la señorita Perla saque nuevos efectos de los coros.

Y tras de acariciar las mejillas pálidas y descarnadas del mozo, inquiría

—¿No te alegras, Agustín?...

—Sí, señora, sí.

—Además, pueden buscarse dúos clásicos.

—Sí, señora, sí.

—Y arias y romanzas.

—Sí, señora, sí.

—Conque, dime lo que opinas.

—Lo que usted diga, señora.

A la siguiente mañana, detúvose ante la verja un automóvil, del que descendieron tres damas y otro muchacho de dieciséis años, como con las pupilas asombradas. Al no verlo parpadear, se colegía su ceguera.

Una de las señoras lo tomó del brazo y lo condujo hasta el hall, atravesando el jardín. Los muchachos del instituto aguardaban en el patio, formados en dos filas. La directora hizo la presentación.

—Niños y niñas: desde hoy tienen ustedes un nuevo compañero. Es muy bueno y se llama Benito.

Se oyó el murmullo apapado de una risa discorde:

—¿Por qué se ríen?— preguntó extrañado el nuevo huésped, con esa desconfianza de todos los que no ven.

Su ademán era hosco. Intervino doña Amelia, más que autoritaria, maternal:

—¡Una zoncera, hijo mío! ¡Es tu nombre que les causa gracia!

—¡Porque parece un nombre de neglo!— se mofó inquieto y vivaz *uno de los más chicos*, risueño y entrometido, a quien las damas del Consejo profesaban real cariño, perdonándole las travesuras, que no eran pocas.

—¡A ver es atrevido! — amonestó la directora esta vez, para que el nuevo huésped se percatara de la disciplina.

Y en seguida, dirigiéndose a Benito, con voz tierna y melosa:

—No te importe. Nosotros te pondremos aquí un nombre más en consonancia con tus aptitudes artísticas. Hemos pensado llamarte René.

—¡Pero René es nombre de mujer! — alegaba Benito.

El coro de risas se alzó entonces franco:

—¡Dice que es nombre de mujer!...

—¡Orden!... ¡Orden!... — conminó la secretaria, menuda y rezongona, recorriendo las filas.

Estos detalles dieron jocosidad al acto. Todas las damas del Consejo hubieron de asistir a la recepción del cieguito. Alondra, la menor de las niñas, la única reclusa de ojos realmente bellos, tan bellos como si las pupilas viesen, guiada por la directora, que había pensado durante tres días el efecto, avanzó unos pasos, dió, con un beso, la bienvenida de los niños al hermano en infortunio:

—Aquí todos nos queremos mucho. ¡Desde hoy te queremos, René!

Pocas semanas bastaron para convertir a René en ídolo del instituto. Era dócil, sentía por el estudio una gran atracción. La música lo emocionaba aún más que los rezos. Su voz pastosa, de singular potencia, le valió todas las admiraciones.

—¡Es extraordinario!... ¡Con qué gusto frasea!... — ensalzaban las damas del Consejo.

Agustín, el tenor, para el cual eran antes todos los mimos y elogios, sintióse eclipsado. Sin energías para entablar competencia, pues tenía voluntad fluctuante, notó su alma mordida, como por un perro rabioso, por la envidia. Rápidamente el sufrimiento iba lo enervando. No lo dejaba estudiar y se distrajo de continuo.

—Estás más delgado! — advertía doña Amelia, en su constante observación del instituto. Y añadía: — Bueno, es verdad que has crecido mucho. ¡El desarrollo!...

Nadie adivinó las terribles congojas del muchacho. Era todo a tiempo que el establecimiento adquiría una popularidad codiciable. Hízose de buen tono enviar donaciones al comité femenino que corría con su administración. Los poderes públicos acordaron subvencionar a tan piadosa casa y los diarios dedicábanle extensas notas, refiriendo sus progresos. En la "crónica social" el anuncio de la Misa del Gallo que iba a cantarse en el templo de San Francisco, estuvo apareciendo por espacio de un mes. Apellidos "distinguidos" firmaban las invitaciones de esa fiesta, entre religiosa y mundana, que conmemoraba el nacimiento del Redentor.

Con la febrilidad de tantos aprestos, pocos fueron los que repararon dentro del instituto en el brusco cambio habido en el carácter de Agustín:

—Habla solo, por las noches— previno una sirviente.

Pero doña Amelia, siempre tolerante, y algo más distraída que de costumbre con la organización de la misa, enjuició:

—No es extraño. ¡Está creciendo tanto!... Tal vez un poco de debilidad.

E hizo que Agustín tomara fosfato. Pero el mozo siguió cada día más huraño por la envidia, con la nostalgia de aquellas manos femeninas que ahora palmoteaban los hombros y mejillas de René. Doña Amelia, sin embargo, siempre que tuvo en su presencia al otro, dirigióle frases alentadoras:

—¡Vamos a ver cómo se porta en la noche del 24 mi tenor! ¡Entusiasmo, Agustín!

Pero las verdaderas efusiones de tan activa y empeñosa dama, así como el afecto, realmente sentido, de sus colaboradoras, estaban inevitablemente donde se hallaba René:

—¡Oh, nuestro Tita Ruffo!... ¡Va a valernos un suceso!...

Advertía Agustín aquel inacabable concurso de alabanzas para su rival:

—¡Es una maravilla!... ¡Un verdadero prodigio de voz!... ¡Aquí en Montevideo, con diecisiete años, nadie cantó de ese modo! ¡Si no fuera ciego, qué porvenir!...

Alentado con estas y otras amables exageraciones, el barítono estudiaba sin reposo e hizo progresos rapidísimos. En ocasiones, por ejercitarse, ni siquiera iba al recreo.

Agustín, entre tanto, rugía escondido en los fondos de la quinta, ahogándose con el odio. La menor cosa llegó a exasperarle. Una tarde dióle una bofetada a Calandria, el muchacho avispado y travieso.

René acudió en defensa de su protegido. (Eran protegidos de René todos los más pequeños):

—¡Cobarde!... Con los chicos te atrevés. A mí, que soy de tu tiempo, no me hacés eso.

—¡Igual!

—¡A ver, probá!

Se fueron a las manos. Contundidos en un abrazo de odio, rodaron por el suelo. René, más fuerte, inmovilizó pronto a Agustín. Hubo que separarlos. La secretaria, tras de amonestar a todos, rezongando siempre, puso en penitencia a los que pelearon. Cuando la directora se impuso del suceso, ordenó que sólo quedara encerrado Agustín, que fué el provocador.

—¡Yo no lo había advertido antes, pero veo que es de malos sentimientos esa criatura!

La nueva humillación hizo que se sintiera Agustín capaz del crimen. Lo comprobaba bien en sus insomnios. Todo eran tinieblas para su espíritu ahora, como todo fué siempre negro para sus ojos...

••

El ensayo, en la sala de música, resultó emocionante. Aquel conjunto de voces infantiles invocando a Noel, impresionaba a los menos sensibles:

—¡Qué no será bajo las naves del templo! — dijo ufana doña Amelia, a sus colaboradoras.

Sin duda, los muchachos cantaban bien, pero un viejo cronista, que estaba presente, pensó para sí que el público, sin ver aquellos pobres rostros de párpados rígidos y macilentas pupilas, aquellos pobres rostros que estarían escondidos entre las naves de la iglesia, quizá no iba a estremecerse tanto. Algunas caras tenían sombríos anteojos negros. Los vidrios ahumados ocultaban manchas blancas, como trozos de ópalo lechoso, extendidas pérfidamente sobre los iris...

Perlita Fym, con sus veinte años fragantes, era la directora

(Pasa a la 3a. Pág., columna 1a.)

1937 FELIZ AÑO ENERO 1o.

VALVULAS — LLAVES

Para todos usos

PESAS

Accesorios Niquelados para Artículos Sanitarios.

Especialidad en Válvulas y Llaves para obras de Abastecimiento de Agua

Todo Probado — EST. COLLIGNON 1885 MCA. REG. — Todo Garantizado

CIA. MANUFACTURERA DE ARTEFACTOS METALICOS, S. A.

CASA "JULIO COLLIGNON" ESTABLECIDA EN 1885

GUADALAJARA, JAL.

MORELOS 782 — AMBOS TELEFONOS 22-70 — APARTADO 171

COMPRAMOS COBRE, BRONCE Y LATON